

MÁS FÁCIL TODAVÍA

El circo se quedó a oscuras,
se hizo el silencio en las gradas,
los padres estaban tensos,
las madres no respiraban.
Se encendió por fin un foco
y en la pista iluminada,
vestido con un suéter
y pantalones de pana,
con unos zapatos negros
y una chaqueta de lana,
con aire muy saludable
un hombre los saludaba,
y, ante el asombro de todos,
¡lo hacía como si nada!

Entre el hueco de los dedos,
esperando una desgracia,
todos vieron cómo el hombre
se estiraba en una cama
y al cabo de unos segundos
los ojos se le cerraban,
y, tras un largo redoble,
nuevamente despertaba;
y sin hacer ni un esfuerzo
ni preguntarse por nada,
como si fuese sencillo,
de un salto se levantaba,
tomaba un café con leche
y salía de su casa,
y, cosa maravillosa,
en nada se equivocaba.

(Las familias le aplaudían
de formas tan complicadas,
que al hacerlo se iban dando
bofetones en la cara).

Comenzó el último número
y la gente, levantada,
pudo ver cómo aquel hombre
simplemente respiraba,
hinchaba primero el pecho
y luego lo deshinchaba
(y lo hacía sin la máscara
de oxígeno preparada).
Temiendo que se matase,
las mujeres no miraban,
los hombres impresionados
ni siquiera respiraban,
y los niños asombrados
profundamente callaban,
pensando en cómo intentarlo
cuando estuviesen en casa.

(Estirándoles del brazo
una señora, indignada,
se llevó a sus tres sobrinos,
que iban mirando de espaldas,
y, antes de salir del circo,
tropezó contra una grada,
demostrando que las cosas
son de lo más complicadas).

Acabada la función,
por las calles enredadas
las familias andan lentas,
melancólicas, calladas,
pensando en aquel hombre
que las tiene fascinadas
por saber hacer sencillas
cosas tan complicadas.